



Natalia Botero

Entrevista realizada por: Paula Valeria Gallo

***“Me empecé a preocupar porque las fotografías no se volvieran un artilugio, sino que se transformaran en un objeto de reclamación”:* Natalia Botero**

¿Cómo nace su amor por la fotografía?

Quien me dio ‘la puntada’ de la fotografía fue mi hermana. Yo creo que si mi hermana no me hubiera regalado la cámara que ella tenía cuando se fue a vivir a Estados Unidos, no habría sido tan fácil que yo fuera fotógrafa.

Me decía: “Mandáme fotos en cartas y me contás a donde fuiste, la gente que conociste”. Entonces me volví una relatora en mi cotidianidad. Y ahí fue que me ‘encarreté’ mucho. Empecé a hacer cursos independientes, con gente que sabía fotografía y que enseñaba la técnica análoga; porque, además, yo aprendí con cámara de rollo. Inclusive, heredé esa cámara, más o menos, en el año 83: Nikon F3, mecánica.

Me apasionó mucho la fotografía porque conocí el laboratorio. Sentía que era un lugar muy íntimo donde podía crear, concentrarme, estar sola. Yo de por sí siempre he sido muy solitaria, entonces, lo disfrutaba mucho.

También disfrutaba del arte. Sin embargo, decidió estudiar periodismo ¿por qué?

Es más, yo quería ser ingeniera mecánica porque me gustaba mucho lo racional y la física. Sin embargo, con mi papá descubrí la pasión del periodismo. Mi papá era muy buen lector y escuchaba noticias todo el día.

Cuando entré a la universidad, como yo ya era fotógrafa, me generó mucha angustia el periodismo. En esa época el periodismo fuerte era el escrito o el de radio. Me estresaba mucho porque yo sentía que no era capaz de escribir bien. Yo decía: No, yo no voy a ser capaz con esto, yo soy muy visual. Soy más del hacer y del producir piezas.

Me iba a retirar para hacer artes en la Universidad Nacional, pero los profesores me fueron dando la confianza con la cámara. Me dijeron: "Si usted quiere, trabaje con la fotografía, escriba desde la imagen, nosotros entendemos".

¿Cuál es el primer acontecimiento del conflicto armado al que se enfrentó en su rol de fotorreportera?

Recuerdo mucho el primer trabajo que me tocó hacer como practicante en 1993, cuando era fotoperiodista de El Colombiano. Yo estaba de turno en el periódico cuando asesinaron a los voceros de la Corriente de Renovación Socialista. En ese momento ellos estaban entrando en diálogos con el gobierno de Cesar Gaviria para dejar las armas.

A ellos los mataron en el monte, el ejército. Y nosotros viajamos a Blanquicet a hablar con la gente en la zona, para saber qué había pasado, y para hablar con el inspector sobre quién había hecho el levantamiento de los cuerpos. Pero nadie nos dio razón ... muy poca gente habló por miedo.

En la noche, cuando yo regresaba, nos atravesaron un camión y nos emboscaron. Veníamos 5 personas en un carro. El periodista me decía: "¡Métase los rollos, escóndase el material! Que no se los vayan a coger".

Y yo me guardé todos los rollos dentro de la ropa interior. Y preciso, la emboscada fue del ejército. Nos llevaron a la Brigada 17. Y entonces fui entendiendo la dificultad de hacer el ejercicio periodístico sobre un tema tan delicado como el conflicto armado. Desde ahí sentí el interés por fotografiar a las víctimas.

Después, conocí el grupo armado, porque me encargaron hacerle seguimiento al tema. Dentro de las familias había niños, había muchas mujeres y eso me llamó mucho la atención. Entendí que los armados no eran sólo los hombres.

Hablando de inicios, ¿cómo fue su primer viaje sola como fotorreportera?

Yo fui a cubrir el incendio que hubo en Machuca, eso fue en noviembre del 98, unos días después del encuentro de la cúpula para la paz con el ELN (Ejército de Liberación Nacional). El ELN voló el oleoducto y el río se incendió. Como fue en la noche y casi todas las casas eran de madera se quemaron, y la gente no pudo salir a tiempo. Murió mucha gente.

Yo trabajaba en la revista Semana (desde Medellín). Por lo general, no viajábamos sin autorización del editor. Eso ocurrió el viernes en la noche. El sábado fue todo el boom, todos

los medios se fueron. Desde el domingo hablé con don Darío, mi jefe, y quedamos en que el lunes en la mañana hablábamos para mirar si viajaba. Y me cogió a mí un desespero, porque empecé a ver las noticias. Entonces pensaba: “Yo no puedo creer que yo no esté allá”.

Me fui para la oficina a las ocho de la mañana, pero el consejo de redacción sólo se hacía a las diez de la mañana. Yo llamaba desesperada a Bogotá. Llamaba desesperada a Luz Adriana Gutiérrez, la periodista, y no respondía. Entonces, me fui para el helipuerto, en Medellín, de donde salían los helicópteros del programa aéreo Salud y la Gobernación de Antioquia.

Allá me dijeron:

–Vea, hay un helicóptero que va a ir a recoger gente, pero no llega a Machuca. Ellos tienen que hacer una entrada primero a Santa Elena a dejar a un funcionario (era un helicóptero de la Gobernación), si quiere se va hasta allá.

–Hágale, yo voy llegando como sea.

Me monté al helicóptero y le dije al piloto:

–Tengo 20 mil pesos, sólo me vine con eso.

–Venga yo le doy plata y cuando usted pueda me lo paga.

Me dio como 50 mil pesos, yo nunca volví a saber de él. Cuando íbamos en el vuelo a él le dieron la orden de que fuera a Machuca. Eso para mí fue un milagro. El piloto me dijo: “Usted es la mujer más de buenas del mundo, que aparte de que yo le doy mi platica la llevo hasta Machuca”.

El helicóptero fue dando vueltas y eso se veía desde el aire impresionante: el río quemado, fue tan triste. Llegué y justo iba a empezar el sepelio. Logré hacer fotografías cuando estaban rodeando los féretros y los estaban llevando en procesión hacia el hueco que habían hecho. Logré hacer unas fotografías muy tristes, pero estéticamente muy bonitas.

Para mí ese viaje ha sido muy importante, porque logré el objetivo del periodista, logré vencer todas esas barreras: es que si no me llevan no puedo. Es que sola no. Nunca estuve en zona de confort cubriendo el periodismo, me ha tocado enfrentar mis miedos.

¿Colombia es machista cuando se trata del trabajo fotoperiodístico?

Ciento por ciento. En los últimos años ha habido una gran fuerza por parte de las mujeres y de hecho ya hay varios colectivos de mujeres. En mi época, desde el 1990 hasta el 2015, fueron años donde la voz masculina primó sobre la voz femenina en la fotografía periodística.

Y si vos mirás en los medios, aparte de una fotógrafa joven que lo está haciendo muy bien, no encuentro más fotógrafas periodistas. Entonces eso también es un termómetro muy alto y rojo. Siempre me he hecho la pregunta: ¿Por qué no hay más mujeres fotógrafas en los medios?

Siento que en Colombia las narrativas fotoperiodistas son masculinas y machistas de

alguna manera. Porque no es sólo el fotorreportero, no es sólo el colega de uno. Es el editor, es el que decide qué foto va y qué foto no va; es cómo juzgan el trabajo de las mujeres fotógrafas, es cómo lo catalogan a veces, es quién decide si tu trabajo es mejor que el otro, y son hombres.

Hay un desconocimiento también muy grande del trabajo que han hecho las mujeres. Yo no soy la única, hay muchas muy buenas.

Entonces, ¿cómo logró usted, en un mundo en el que primaba el trabajo masculino, tener visibilidad?

Pues 'vé', una, el trabajo. Mi trabajo ha sido muy bueno, y logró visibilizar o rescatar fotográficamente muchas cosas que otros no fotografiaron, no publicaron. Además, porque he sido muy persistente, no he cambiado mucho la línea a la que me dediqué, que es el conflicto y los derechos humanos.

Y creo que donde está el valor de mi trabajo es en que me he reinventado en el tiempo y le he dado un giro a mi mirada fotográfica. No me quedé solo esperando a que los hechos sucedieran. Usé la fotografía como un instrumento narrativo para trabajar con las comunidades.

Los hechos violentos eran importantes y los actos violentos como las tomas, las masacres, fueron importantes desde el fotoperiodismo. Pero en el fondo, eso no era lo vital. Lo importante era lo que pasaba después con las comunidades. Y yo me dediqué a eso.

Tuvo una época muy entregada a los medios de comunicación, pero después se aleja de ellos. ¿Cómo fue ese proceso?

Decidí ser mamá. Ya tenía tres hijos muy chiquitos, y eso implicaba unas cosas como mujer y como mamá. Esa fue una de las cosas que más influyó.

Yo tuve a mis hijos en el 2005, en el 2006, y recuerdo que, en esa época, en la que estaba en embarazo de los mellizos, Vicente Castaño y (alias) el "Mono Leche" entraron en proceso de desmovilización, en un programa de erradicación de coca manual en Amalfi (departamento de Antioquia), una zona donde ellos, los paramilitares, tenían influencia. A mí me tocó cubrir esas erradicaciones. Fueron caminatas largas. Tuve que dormir en el monte... fue muy exigente físicamente y yo en embarazo; inclusive pensé que había perdido el bebé.

Para mí fue muy difícil y ha sido, de alguna manera, muy doloroso tomar la decisión de renunciar a cosas profesionales para darle prioridad a lo personal. Dejar de asumir riesgos desde la profesión porque tenía tres hijos que dependían de mí. Tener familia como mujer no es un impedimento, pero sí es una limitante.

Hablemos de esos acontecimientos que marcaron su carrera profesional, antes de que decidiera retirarse de los grandes medios de comunicación.

Para mí hay un evento que fue muy importante: la masacre de San Carlos en el 2003. Encontré, a través de Cielo –una líder comunitaria que fue asesinada muy joven–, lo que

significaba perseguir la muerte. Pero también encontré la dignidad del muerto y la dignidad de nosotros como personas que sufren el conflicto. Cielo fue uno de los últimos cuerpos que recogieron las volquetas después de recoger todos los cadáveres. Me confrontó mucho con la muerte y con la vida, me confrontó con el ejercicio fotoperiodístico.

Otro hecho que queda en la memoria: el cubrimiento del asesinato (por parte de las FARC) de Gilberto Echeverri y Guillermo Gaviria cuando fue gobernador de Antioquia. Un día después me tocó visitar el campamento dónde estuvieron secuestrados. Me impactó mucho ver las condiciones en las que estaban, saber lo que habían vivido; pero también entender el juego del Ejército en ese hecho, porque entramos por un lado muy largo y difícil, pero salimos por otro lado muy fácil. Entonces, cómo nosotros vamos a cubrir la noticia, se la metemos toda, pero hay una gran burla o a veces engaños.

¿Sabés también qué? la Operación Orión y la Operación Mariscal se han quedado muy marcadas en mi memoria. Cómo una ciudad a la luz de todos vive una guerra interna en un barrio, pasa lo que pasa, sacan a gente viva y la desaparecen. Una guerra hecha por encapuchados, por sapos y delatores, por la guerrilla, por los milicianos, por los paramilitares, por la policía, por el ejército. Y no afecta sino a ese sector de la ciudad. No paralizó el mercado, el comercio, no paralizó la empresa, no paralizó la industria, no paralizó las universidades, no paralizó la escuela. Y la prensa no hizo nada, simplemente registrar. A mí eso me ha llamado mucho la atención. Me impactó mucho es cómo a toda una comuna entera se le transformó y se le trastornó su vida por años.

Hay otro hecho que a mí me ha indignado mucho, me marcó y me hizo estar más en contra del Estado y de las Fuerzas Armadas: el hecho de Bojayá. Para mí Bojayá fue uno de los grandes ejemplos de burla a la prensa, de veto al derecho a la información, a informar bien. Bojayá me marcó mucho porque, dentro de los parámetros determinados por el Ejército y por el Estado, fue una imposibilidad de hacer, periodísticamente fue muy difícil cubrirlo.

Ahora que toca el tema de Bojayá, hubo un asunto que fue muy discutido en ciertos círculos académicos y periodísticos sobre un trabajo que usted estaba haciendo en ese municipio, en el año 2017, cuando se hacía la exhumación de víctimas de la masacre de mayo de 2002, y los dolientes expresaron que no querían que usted y la periodista que la acompañaba estuvieran allí.

Realmente lo que nos pasó en Bojayá fue un hecho que se salió de todo mi entendimiento. Las circunstancias que rodearon los hechos, las presiones que hubo por parte del Comité de Víctimas. Las amenazas, porque nos amenazaron directamente, tanto por escrito como verbalmente, y nos pusieron en una situación de indefensión absoluta en medio de la selva. Y claro, como ellos entendieron cuál era nuestra intención como periodistas, nos callaron y nos intimidaron.

Y llegar a la ciudad y encontrarnos con una cantidad de reproches por parte de la academia, del mismo Centro Nacional de Memoria Histórica y de los periodistas, nos desconcertó

aún más. En ningún momento conocieron nuestra versión, sino que le dieron prioridad al testimonio de las víctimas.

Se nos atacó mucho porque no respetamos el silencio de las víctimas. Entonces mis preguntas son: ¿el Comité de Víctimas respetó el silencio de las víctimas?, ¿el Comité de Víctimas respetó el silencio de las familias que no querían que exhumaran los cuerpos?, el Comité de Víctimas nos escuchó?, ¿nos escuchó el país? No, nadie nos escuchó, nadie quiso saber por qué nosotras estábamos allá.

A mí eso me desconcertó mucho, pero sobre todo me aclaró el poder que tienen las víctimas en el país y el poder que les estamos dando, sin decir que no lo deban tener, pero de qué forma lo ejercen.

¿Qué era lo que ustedes querían cubrir?

Cuando estuvimos allá descubrimos muchas cosas no muy chéveres para narrar el tema de las exhumaciones de los 90 cuerpos en Bojayá. Era la tercera vez que se exhumaban los cuerpos y era la tercera revictimización de las víctimas frente a las exhumaciones.

Ahora me entristece y me duele mucho saber cómo están haciendo de la entrega de los cuerpos un show, y cómo llevan allá a 3.000 personas a vivir 10-20 días de entrega de unos cuerpos, cuando nadie sabe el trasfondo. La cantidad de plata que hubo de por medio y el dolor de muchos de los familiares que no querían que se exhumaran.

Es la única vez que me ha pasado eso. Me dejó muchos malos sabores. Eso me ha hecho tener mucho temor y, sobre todo, me ha impedido hacer el trabajo.

¿Cómo fueron esas amenazas del Comité de Víctimas?

A mí me intentaron quitar la cámara. Nos dijeron que nuestra seguridad no la garantizaban. Tres días seguidos nos estuvieron amenazando Leyner Palacios y Yuber Palacios. Sobre todo Yuber, tengo entendido que ahora tiene mucha fuerza en el Comité. Me insultaba fuerte, me gritaba que cualquier cosa me podía pasar, que yo no tenía porqué estar allá, que yo qué estaba haciendo, que ese no era un lugar seguro para nosotras, para mí, que a todos los que me estaban ayudando a hacer las fotografías les podía pasar cualquier cosa. Inclusive hostigaron mucho a uno de los indígenas que me dejó entrar a su casa a fotografiar.

Tuvimos que llamar a Bogotá, a la FLIP, nos dieron la orden de salir. La Fiscalía incluso nos dijo que seguras no estábamos allá, que nos fuéramos para Vigía del Fuerte, que ellos nos acompañaban. Luego, cuando veníamos de viaje el viernes en la mañana, que logramos salir de Bojayá con el padre Antun, nos dijeron que ojalá llegáramos bien a Quibdó, que ya después de estar en Quibdó podíamos estar tranquilas.

Y cuando llegamos a Medellín nos mandaron un texto por WhatsApp en repetidas ocasiones. Siguieron las amenazas, siguió el hostigamiento y nos estaban permanentemente monitoreando. Inclusive impidieron mi trabajo en Medicina Legal y en la Fiscalía para seguir indagando acerca de los cuerpos recuperados y su identificación.

¿Ha recibido otras amenazas a lo largo de su carrera?

He recibido tres amenazas grandes.

¿Cuándo fue la última vez que sintió que ejercer el periodismo en Colombia es difícil?

En 2019. Yo estuve acompañando un proyecto internacional con la IWMF (International Women's Media Foundation), con periodistas que vinieron de varias partes de Latinoamérica para hacer temas sobre Medellín. En ese acompañamiento yo era curadora y verificadora de la información que producían y, a la vez, era el enlace con las fuentes.

Hubo varias de ellas que estuvieron interesadas en el tema que yo manejo de desaparición forzada. En uno de los trabajos entramos a la Comuna 13. Como yo había adelantado reportería en el sector, sentí que había posibilidades de ingresar para terminar la historia de un chico que desapareció del barrio Eduardo Santos.

Fui al barrio a hacer las fotografías, pero al rato de estar trabajando me abordaron dos hombres armados y me empezaron a indagar. No creyeron que yo fuera de prensa. Creían que yo era de la Policía Nacional, de la Fiscalía. Tomaron fotos a todos mis documentos, tienen toda la información mía. Me retuvieron por 4 horas.

Se montaron a mi carro. Uno estaba armado. Uno se montó adelante, al lado mío, el otro se montó atrás.

–Vamos a salir del barrio.

– Ustedes necesitan que yo salga del barrio, no vuelva. Entonces listo, yo sé el camino, yo los dejo acá y yo sigo.

– No, usted va a seguir con nosotros. Nosotros somos los que decidimos qué hay que hacer.

Cuando a mí me dijeron eso, yo dije: me van a sacar de la ciudad y me van a matar, o me van a entregar a otra gente, o no sé qué van a hacer conmigo.

Ellos no entendían qué era prensa independiente, ni qué era ser freelance y no trabajar para un medio. Porque ellos me decían: “si usted no tiene el carnet de El Colombiano o de Caracol, usted no es periodista”. Sentí que la discusión con ellos era tiempo perdido.

Yo entre al barrio a las tres de la tarde, a las cinco me sacaron. Cuando llegamos a una vía principal, les dije:

–Listo, hermanos. Aquí ya bájense, porque yo ya salí del barrio.

–Bueno. Usted sabe cuál es la ruta de llegada, pero sabe también que hay una ruta de no salida del lugar. Entonces, si usted vuelve a ingresar, ya sabe lo que le puede pasar.

– “Pero ustedes nunca se identificaron, ¿ustedes quiénes son?”

Después supe que ellos eran del Clan del Golfo. Siempre me entró la duda realmente de si eran grupos armados ilegales, si eran vigilantes del barrio, o si era la misma policía que a veces los hay, infiltrados.

Le escribí a la IWMF. Les conté lo que me había pasado, ellos me dieron algunas reco-

mendaciones y me dirigí luego a la Fundación para la Libertad de Prensa. Tomamos la decisión de poner la denuncia por Bogotá.

Para la Fiscalía es un secuestro simple. El caso lo trasladaron para Medellín, y yo recibí otras amenazas. Ellos (el grupo ilegal) enviaron unos documentos a la casa de mi mamá: un sobre con documentación mía, con artículos que descargaron de internet. Como diciéndome: "Vea, es que a usted la estamos investigando". Las nuevas amenazas y hostigamientos que ellos me hicieron se las envié a la Fiscalía, pero nunca me dieron respuesta.

La Fiscalía nunca me quiso dar el documento de la denuncia por escrito, sino que me dio un radicado, como una nota criminalística. Y cuando la Unidad de Protección en Bogotá me empezó el proceso de protección, la Fiscalía no quiso dar la denuncia. No hemos podido entender por qué hay tantas trabas.

Lo que me pasó fue una ratificación más de la desprotección en la que se encuentra la prensa en un país como Colombia, sobre todo las mujeres.

Además de lo que acaba de narrar ¿Hay alguna escena o imagen que nunca quisiera repetir?

Yo diría que todas. Pero hay una que se me quedó clavada en el corazón: estuve en una exhumación en La Granja, Ituango. Cuando destaparon la fosa, la mamá, a lo lejos, empezó a gritar: "Juan Carlos. Mataron a mi Juan Carlos. Te quitaron los zapatos..."

A mí eso me impresionó tanto. Ese sonido en ese silencio del monte. Esa mamá gritando de dolor.

Yo hubiera querido, de alguna manera, no haber tenido que vivir el país en conflicto a través de la fotografía. A mí me conmueve mucho cuando algunos jóvenes dicen:

-Ay es que esa época que usted vivió de la fotografía tan buena, todo lo que viajó, lo que pudo hacer, conocer a los armados y a los jefes.

-¿Tan bueno?, tan doloroso.

Tiene cierta afinidad por cubrir hechos relacionados con la desaparición forzada...

Siento que acompañar el tema de la desaparición forzada es también una búsqueda personal. Inclusive durante un tiempo entré en un grado de depresión, de tristeza profunda, y me hice un tratamiento psiquiátrico y psicológico. Fueron dos años de mucho miedo, preguntándome por qué yo no era capaz de encontrar eso que había perdido, y lo encuentro, o trato de encontrarlo, a través de los familiares o de las madres que buscan a sus hijos, a sus esposos, a sus hermanos.

Asumí el tema de la desaparición forzada como un reto. En Colombia siempre se habló de los desaparecidos como un número dentro de los organismos del Estado, en Medicina Legal o de la misma Fiscalía. Pero cuando yo me acercaba a las exhumaciones y veía la soledad de las familias, y de las mamás: como perseguían ese cuerpo, como le hacían la ruta,

como llevaban a los investigadores, a los fiscales a encontrar el cuerpo, y, también, como el Estado se burla de las familias, como se burla de las víctimas. Sentí que a través de la fotografía podía darle rostro y darles voz a los desaparecidos.

Entonces, me empecé a preocupar porque las fotografías no se volvieran un artilugio, sino que se transformaran en un objeto de reclamación, en un objeto de identidad o en un objeto para transformar su cotidianidad y también su dolor.

¿La fotografía ayuda a sanar ese dolor o, por lo menos, a evitar la repetición?

Todo se demuestra a partir de la imagen. Entonces, la imagen se vuelve en ese testimonio fehaciente de que sí sucedieron los hechos, sí hubo participación de los grupos, sí hubo víctimas, sí hubo muertes, sí hay un conflicto armado. La fotografía no puede mentir, vos podés mentir muy fácil en un texto, en cambio la fotografía permanece en el tiempo y permanece su relato.

En primera instancia la fotografía es un mecanismo de memoria y en aras de eso también es un mecanismo político, una herramienta también documental, una herramienta de activismo social utilizada por quienes la viven y quienes la tienen a la mano para poder trabajar con ella. Ahora, eso no garantiza la no repetición, lo que más bien garantiza la fotografía es la prueba de que los hechos pasaron.